

sometidos a un pequeño número de individuos que les son inferiores en energía, en perseverancia, en parsimonia, en gusto artístico, no tienen más derechos que los escritos en apollados códigos, es un país libre.

Y conste amigo mío, que no soy un demagogo. Por el contrario a nada temo tanto como al advenimiento de la demagogía en un país de iletrados, porque esto traería la anarquía con todos sus horrores de los cuales Ud. y yo seríamos víctimas y en seguidita o en menos tiempo de lo que muchos piensan, la intervención. No. Tampoco sé si soy demócrata. Hace 24 años que me estoy preguntando cuál es mi credo político y como todavía no acierto a definirlo, me voy acostumbrando a la terrible idea de cambiar de planeta sin haber conocido las delicias de tener un partido político. Victor Hugo dijo, Ud. recordará: El que a los 20 años no es republicano, es que no tiene corazón y el que a los 40 lo es, es que no tiene cerebro. Yo tenía corazón a los 20 años y jamás he sido republicano. Sería porque estaba yo en México, gobierno republicano federal, liberal, con separación de la Iglesia y el Estado, una Constitución bellísima festejada todos los años con cohetes, camarazos, cacahuates, música y todas esas cosas que tanto divierten a los muchachos, bajo el "paternal" imperio de un señor General don Porfirio Díaz cuya majestad inspiraba a todos inmenso respeto, cuyo nombre no se pronunciaba sin esa mirada circular sobre los hombros, que hoy produce todavía en Guatemala don Manuel Estrada Cabrera y en México esa otra excelencia reinante, el Señor General don Victoriano Huerta. Pero a pocos pasos de mi casa paterna, había un cuarto que la maledicencia pública había bautizado: "el cuarto de las puñaladas". Ahí era fama que don Guicho Carrillo, ex-mozo de estribo de mi padre, acuchillaba personalmente, en desempeño de sus altos deberes de comandante de la policía, a todo aquel cuyas opiniones no convenían a la estabilidad del señor Presidente, del señor Gobernador, del señor Jefe Político, del señor Presidente Municipal o del propio señor

Comandante, o también, otras veces, por otras causas de orden menos público. Débese a eso quizá mi escepticismo político pues ya sabía yo que su Graciosa Majestad Victoria y el buen rey Behanzin, gobernando este un país más salvaje aún que ese hermoso país que a Ud. y a mí nos vio nacer, emplearon nunca los procedimientos que en los años que llevamos de vida, con excepción de esos 15 meses que parecen sueño, se han empleado siempre en la República federal, liberal y constitucional de México.

No soy demagogo, ignoro si soy siquiera demócrata. Yo no creo que en México, donde el criollo incivil e incívico —heredero fatal de todos los vicios presupuestívoros y la indisciplina social de los españoles— impera, no creo, digo, que México, después del infeliz ensayo de Madero, la democracia sea posible. Pido un dictador, pero un buen dictador. Un dictador que despacha a los políticos a sus casas y a los periodistas a la cárcel; pero que se ocupe, inmediatamente, de reorganizar, de reconstruir, de restañar la herida y en seguida de hacer justicia al pueblo. Un dictador de mano férrea que se apoye en el pueblo rodeándose de hombres sanos y firmes, criollos, indios y mestizos. Un dictador que pierda de vista su interés personal para consagrarse al bien del pueblo. I conste querido amigo que esto no lo reclamo hoy, después del "fracaso" de Madero, nó. Esto lo vengo reclamando desde que mi pluma, al amparo de una libertad que fui de los muy pocos que supieron entenderla y respetarla, pudo expresar libremente mi pensamiento.

Siempre leerá con gusto verdadero sus gratísimas cartas este amigo suyo que lo estima y lo quiere sinceramente.

X.

Y de todos modos, querido amigo, viva la Revolución! Los bravos luchadores que recogieron el ensan-



grentado estandarte, llegarán con él para ponerlo sobre esa gloriosa campana del Palacio Nacional que deshonoró la infame mano del traidor y que recobrará su virtud al anunciar, en triunfal repique, su caída. El pueblo ibero-azteca tiene, desde ese momento, señalado el camino de Jerusalem. "Alea jacta est."

### GENERAL HUERTA, NE TOUCHEZ PAS A CETTE CORDE!

Non, ne touchez pas à cette corde: elle brulerait vos doigts infâmes. La corde qui, le 15 Septembre 1810, sonna la cloche de l'Indépendance Mexicaine, garde l'empreinte de deux dextres glorieuses: celles de Hidalgo et de Madero. Ne touchez pas à cette corde. Elle n'est pas pour votre main impie: elle est, Général Huerta, pour votre cou. Arrière, Judas, ne touchez pas à cette corde. Elle est, de tout, la seule chose que vous n'avez pas souillée. Soldat, votre chef suprême vous choisit entre tous (comme on choisit, pour sa femme, une femme entre toutes les femmes) pour défendre la volonté du peuple. Indien, vous avez trahi votre race en trahissant l'homme qui, seul, eut pitié de son infortune séculaire. Arrière, bandit qui deshonnorez les bandits. Arrière, traître qui deshonnorez les traîtres.

Arrière, Général Huerta. Ne restez pas, ce soir, au balcon du Palais National. Ne sonnez pas la cloche sacrée. A son écho, mille ombres surgiraient de terre pour vous jeter à la face leur malédiction formidable. Gardez votre main sanglante sur la poigne de ce sabre qui, sur votre cuisse, est un symbole et sous les mailles d'acier — autre symbole! — qui couvrent votre cœur

de traître, d'assassin et de lâche, attendez-nous, Général Huerta!

Toulouse, 15 Septembre 1913.

J. MILLET.

Los conocimientos prácticos deben reemplazar a la rancia erudición de pergamino. En Hispano-América, la instrucción es casi exclusivamente literaria. Y cuando a la peripatética, al estilo bomboso, declamatorio, sucede el discurso libre y conciso, podrá decirse que la intelectualidad hispano-americana ha entrado en la civilización, se ha democratizado porque ha puesto sus recursos de expresión, de vulgarización, en manos del pueblo. El ditirambo hispano-americano es insoportable para los espíritus fuertes, analíticos y positivos. Como los viejos sistemas políticos, hay que abolir en América los viejos cánones literarios. Abundancia verbal, retórica ampulosa, hay que acabar con eso.

Por otra parte, nuestra instrucción literaria ¿en qué aprovecha al pueblo? En México, con pocas excepciones, solo los mercenarios escriben. Mientras el periodismo se encuentre monopolizado por empresarios que perverten las conciencias de sus dependientes obligándolos a interpretar y difundir el criterio de otros personajes que a su vez los subvencionan para ello, el pueblo será deliberadamente engañado. En otros países, existen periódicos subvencionados por empresas filantrópicas o por benéficas iniciativas de asociaciones o particulares devotos del bien público. Su esfuerzo atenúa los males que causan a la colectividad los periódicos que bajo una engañosa enseña religiosa o política, esconden inconfesables apetitos. En México, durante la administración maderista, cualquiera pudo escribir contra los gobernantes, contra las familias de los gobernantes, contra el



arzobispo, contra los masones, contra la finanza o contra el pueblo, pero nadie se hubiera atrevido a investigar los manejos del judío Goethschel, Pontífice Máximo del periodismo mexicano. . . .

Cualquiera que tenga idea, puede escribirla. Si quiere adornarla. . . . un Larousse lo sacará de aprietos. Que no encuentra editor? Con cien pesos tendrá dos mil folletos. Conozco excelentes conversadores que no escriben porque se imaginan que es diferente. Error. Quien bien habla, mejor escribe, claro, porque para escribir tiene todo su tiempo. Qué han escrito Rouxeau, ni Alberto Pani, ni Bernardo Calero, ni Fagoaga, ni el músico Elorduy? Y sin embargo, los chispazos de su ingenio brillan en la memoria de sus amigos con más intensidad que muchas lecturas de letras de molde cada día más borradas por el tiempo. . . . Tengo cartas de amigos más instructivas y mejor inspiradas que muchos editoriales de alto vuelo; pero sinceramente escritas, como si fueran habladas, sus autores, encastillados en el viejo prejuicio, las juzgan impublicables. Sintáis, léxico, hasta ortografía, todo eso lo puede arreglar un amanuense. Lo importante es la idea y la claridad para divulgarla.

C. SOLORZANO.

Esos revolucionarios o constitucionalistas de México sacan dinero, por la fuerza, a contratistas y empresas; lo cual podrá no estar bien pero tiene la excusa de la guerra.

Pero ¿qué excusa tiene el colosal despojo de muchísimos propietarios mexicanos, realizados bajo el gobierno del general Díaz y que relata "La Prensa" de los Angeles, en uno de sus últimos números?

Romero Rubio, suegro y ministro de Díaz, fué el autor de esa medida. Se comenzó por formar un censo de los terrenos pertenecientes a las comunidades de in-

dígenas, establecidas en tiempo de España. Luego se encargó al licenciado Islas y Bustamante de registrar los catastros y de hacer la lista de los ranchos y las haciendas, cuyos dueños tuvieran títulos de propiedad dudosos o hubiesen litigado por la posesión de esas fincas.

Del informe del licenciado resultó que había unas ciento cincuenta mil hectareas de terrenos que podían considerarse como baldíos y quedar, por lo tanto, a disposición del Estado. El tal documento dice "La Prensa", fué manufacturado exprofeso con el fin exclusivo de despojar a los indios y rancheros de sus tierras para adjudicárselas a los "científicos" y aventureros.

Pacheco, ministro de Fomento, comisionó a cincuenta individuos para que midiesen las tierras y dijese cuales eran las mejores.

A medida que se iban recibiendo estos informes iba acordando en Consejo de Ministros el adjudicar los terrenos en calidad de baldíos, a personas adictas al Gobierno; o venderlos por sumas irrisorias a compañías extranjeras. En los cuatro primeros años de la Presidencia de Díaz se despojó a los Estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz e Hidalgo de cuarenta y siete mil hectareas; de las cuales una parte fué adjudicada al Presidente y a su yerno; y otras partes a los ministros Dublán y Pacheco y a otros sujetos.

A Díaz lo sucedió por cuatro años, en la Presidencia, su amigo el general González (don Manuel); y éste "echó el buen día en casa", como dicen lindamente los mexicanos, apropiándose treinta mil hectareas en los Estados de Coahuila, Tamaulipas y Nuevo León; terrenos poseídos hoy por sus hijos don Fernando y don Manuel y por los señores García (don Telesforo) y los herederos de Pacheco y otros.

Al volver Díaz a la Presidencia les quitó sus tierras a los indígenas del Distrito Federal para regalárselas a los señores Noriega (don Inigo), Landa y Pliego Pérez. Los Gobernadores de los Estados se adjudicaban a sí mismos las tierras que les convenían. Mucio Martínez,



el cacique de Puebla, declaró baldías dos haciendas del Estado y se proveyó de veinte mil hectáreas, que hoy le producen al año ochenta mil pesos. Otro cacique, Cravioto, Gobernador de Hidalgo, le echó la garra a un rancho de siete mil hectáreas perteneciente a una familia, que está hoy en la miseria. Los Diez Gutiérrez (Pedro y Carlos), que fueron Gobernadores de San Luis Potosí, capturaron veintidós mil hectáreas, sin las cuales se quedaron las comunidades de indígenas.

En Sinaloa se despacharon a su gusto Joaquín Redo y Francisco Cañedo; y en Sinaloa otros, entre ellos el famoso Ramón Corral, que fué Vicepresidente de la República. En Yucatán operaron escandalosamente varios favoritos, entre ellos Molina, y en Campeche la familia Castellot, emparentada con el ministro Romero Rubio.

Según "La Prensa", por estos procedimientos, se quedaron sin sus bienes más de VEINTE MIL mexicanos, y, sin embargo, —añade— los periódicos extranjeros, que desconocen nuestros medios sociológicos y económicos, nos están diciendo ahora, que la revolución en México no tiene razón de ser y que estamos peleando, como los gallos de lidia, por temperamento y amor al "sport".

A las víctimas que se quejaban se las encarcelaba o se las fusilaba. Los indios yaquis, que protestaron contra el despojo de sus tierras en el delta del río Yaqui, fueron unos, exterminados y otros deportados al clima mortífero de Yucatan; y sus pequeñuelos —añade "La Prensa"—distribuidos como cachorros en las poblaciones de Hermosillo y Guaymas.

Bueno es que se vayan sabiendo estas cosas fuera de México para que se tenga idea de lo que, realmente, era la dictadura porfirista.

ANTONIO ESCOBAR.

"C. general Francisco Villa.

He recibido instrucciones de hacer saber a los jefes

revolucionarios, que la intervención americana en México es un hecho indudable y cierto. Los Estados Unidos del Norte han inferido a México una grave ofensa, desembarcando sus tropas en Veracruz y tomando posesión del puerto el día 21 del actual, y haciendo lo mismo algunos días después en el puerto de Salina Cruz. Ese solo hecho constituye la inicial de la guerra y es por lo tanto el momento de hacer un llamamiento al patriotismo de todos los buenos mexicanos, para que, haciendo a un lado aquello que tiende a conservarnos divididos y olvidados en un intenso rasgo de amor patrio, nuestras rencillas interiores, pensemos solamente en el enemigo extranjero, que ha hollado de manera injusta e innoble el sagrado suelo de la patria. Es bien sabido que los norteamericanos, siguiendo la conducta hipócrita e indigna que en todos los casos de intervención han usado, propalan la especie de que no hacen la guerra al pueblo mexicano sino al gobierno, y que no combatirán a los revoltosos; pero claramente se ve que esa conducta no lleva otra mira que la de mantenernos divididos y hacer más fácil la conquista; y por otra parte, como mexicanos patriotas no debemos consentir que en nuestras contiendas interiores de partido, se mezclen naciones extranjeras.

Llamamos pues a nuestros hermanos a la causa común a la defensa de la integridad y del honor nacional. No se trata de que ustedes se rindan y depongan las armas, sino de algo más noble y respetable; de olvidar en estos momentos angustiosos porque atraviesa la República, los odios y rencores de partido, sacrificándolos en aras de la patria, para marchar todos unidos en contra de los invasores yanquis. Fiado en el patriotismo de usted, no dudo que con las fuerzas de su mando se aprestará, desde luego, a combatir la invasión norteamericana. Reitero a usted las seguridades de mi atenta consideración.

Saltillo, Coah., 28 de abril de 1914.—General en Jefe de la división del Bravo, J. Maass".



"Contesto su oficio número 6457 del 28 de abril próximo pasado, en el que por instrucciones que ha recibido usted, me invita a que marchemos unidos contra los extranjeros invasores de nuestro territorio. Comprendo que como pariente próximo del general Huerta, está usted bien enterado de las diabólicas maquinaciones de éste y que como complice que fué usted de la infidencia y traición de febrero de 1913, está perfectamente solidarizado con él. Debe usted saber que no podemos perdonarlo, y que la ruina de él causará la de usted; así pues, doy a usted contestación sólo porque su oficio y este mío son dos documentos históricos, y debo a la posteridad una explicación de los móviles de mi conducta. Sé bien, porque así lo han manifestado próceres del científicismo, que desde hace mucho tiempo pensaba ese nefasto partido traer la intervención norteamericana a México; pero si de fijo no lo hubiera sabido, tendría la certeza de que ella viene deseada y provocada por ustedes, porque es visible y clara para todo el mundo la maniobra que hacen queriendo apartar el peligro interior por la solidarización de todos los mexicanos frente al peligro exterior. El general Huerta y ustedes no mostraron mucho talento cuando, convertidos en instrumentos de los científicos y el clero asesinaron al presidente Madero y al Vicepresidente Pino Suárez y a una pléyade de liberales demócratas, por que no comprendieron que al mancharse con sangre de héroes para hacer fracasar el movimiento democrático de 1910 encendían una guerra implacable que los llevaría a la ruina.

Y ahora quieren provocar la guerra extranjera para librarse del desastre a que los lleva la guerra civil. Muestran con ello menos talento, porque amontonan montañas de maquinaciones y mentiras que han de derrumbarse sobre ustedes mismos, para aplastarlos. Piensan que aunque no logren la unión a ustedes, de los constitucionalistas armados, pueden no obstante, con el pretexto de la guerra extranjera, armar a muchos mexicanos con cuya simpatía no cuentan, pero cuyo

patriotismo pueden explotar. No reflexionan que van a armar al pueblo justiciero que castigará sus crímenes tan luego como descubra que, no sólo saben ustedes asesinar para hacer fracasar la democracia sino, que también lanzan a la patria a una guerra con una nación extremadamente poderosa, para salvar sus intereses personales y los del partido. Pronto verán que el proyecto satánico de declararnos traidores a la patria, mintiendo nuestra unión con los americanos, es un proyecto estúpido que va a costarles la existencia y que legará a sus familias una eterna vergüenza. Tenemos los constitucionalistas el propósito de hacer todo lo posible, dentro de la dignidad nacional, para evitar la guerra extranjera, pero si no lo logramos, tendríamos dos enemigos; el poderoso extranjero y el compatriota depravado. Constitución y Reformas.—Torreón, mayo 4 de 1914.—El General en jefe, FRANCISCO VILLA".

El famoso Pancho Villa ha enviado a la viuda del difunto Presidente Francisco I. Madero una carta en que le dice lo siguiente:

"El mismo Francisco Villa que acompañó a su esposo durante aquellos días de lucha que culminaron con la muerte del ignominioso gobierno de Díaz; el mismo Francisco Villa que fué objeto de castigo y persecución por haber cumplido con su deber, este Francisco Villa es el hombre que, unido a una falange de héroes, capitaneados por don Venustiano Carranza, está haciendo temblar ahora al asesino Huerta y borrará para siempre de nuestra historia la deslealtad y el crimen.

"Las fuerzas victoriosas del pueblo prosiguen en su marcha triunfal hacia el interior de la república. Muy pronto la bandera de la libertad flotará orgullosa sobre el Palacio Nacional de México. Cuando llegue ese día será un deber honroso para mí el acompañar a usted y a toda su familia en su viaje de regreso a la madre tie-